

# RECENSIONES

LUISA TREVIÑO HUERTA y DANIEL DE LA PEDRAJA: *México y España. Transición y cambio*. México, Editorial Joaquín Moritz, 1983, 196 pp.

El libro que recensamos trata del apasionante tema de las relaciones bilaterales entre México y España, especialmente del período que los autores denominan de «reconstitución de relaciones», es decir, desde 1977 hasta nuestros días.

Con este título se hace una aportación importante a la bibliografía sobre el tema, contribuyendo a la desaparición de esta importante laguna.

Los autores son ambos mexicanos, especialistas en relaciones internacionales y trabajan en el servicio exterior de su país.

Si bien el objeto específico del libro, tal y como podía esperarse, son las relaciones bilaterales entre los dos países, en él se hace una valoración sobre las políticas exteriores respectivas. De la política exterior mexicana se hace, a nuestro juicio, una visión algo oficialista, fundada más en los objetivos que en las realizaciones, y no aporta un análisis crítico. De la política exterior española se hace un análisis más crítico, aunque sin tener en cuenta algunas de las aportaciones de la escasa bibliografía sobre el tema. Sobre todo, no se tienen en cuenta los aspectos positivos de la política exterior franquista imprescindibles para comprender la política exterior del período democrático constitucional de nuestros días.

En cuanto al objeto específico del trabajo, las relaciones bilaterales entre los dos Estados, se echa en falta un análisis más pormenorizado de los factores que explican el no reconocimiento por parte de México del régimen de Franco, y la inexistencia de relaciones diplomáticas entre los dos Estados durante más de un tercio de siglo. En este sentido, no se explica con suficiente énfasis ni la buena acogida que México dio a los exiliados españoles republicanos, concediéndoles no sólo la nacionalidad, sino también puestos de trabajo equivalentes a los que habían dejado en España, ni las relaciones de México con el Gobierno de la República en el exilio, cuestiones imprescindibles para entender la influencia que tuvo el grupo español en la política exterior mexicana y que ayuda a comprender la situación señalada de no reconocimiento por México del régimen de Franco.

Respecto al capítulo dedicado a las relaciones diplomáticas entre México y España entre 1977 y 1982, es el que consideramos de más interés y novedad, ya que se aporta información sobre la cooperación entre los dos Estados y sobre el funcionamiento de la Comisión Mixta que surge de las relaciones bilaterales entre ellos. Asimismo, en los apéndices se incorpora interesante información complementaria sobre visitas de representantes de ambos Estados, las Actas de la Comisión Mixta intergubernamental mexicano-española, cuadros sobre el intercambio comercial hispano-mexicano y el listado de los tratados vigentes. Todos ellos elementos imprescindibles para el estudio de las relaciones bilaterales entre ambos Estados.

## RECENSIONES

Sorprenden las conclusiones, lo que los autores denominan «Coincidencias y divergencias (1977-1982)»; en nuestro criterio, exigen una mayor reflexión crítica. Los autores señalan que la concepción de las respectivas políticas exteriores fue diferente: «España no siguió principios permanentes de acción, sino que, guiada por sus intereses, respondió, sobre todo, a factores circunstanciales»; frente a la política exterior mexicana, que sí los tiene. Esa contraposición, en nuestro criterio, nos parece excesiva y, sobre todo, que añade poco al conocimiento de las relaciones bilaterales entre los dos países. Lo que hace falta es conocer los mecanismos y condicionantes de la política exterior de ambos Estados, para poder conocer los porqués de sus respectivos funcionamientos.

Por último, a modo de síntesis, hay que señalar que el libro tiene un gran valor, imprescindible para el que tenga interés por el estado de las relaciones bilaterales entre los dos países. Una vez más, se constata la dificultad de la realización de este tipo de trabajos en los que se estudian las relaciones entre dos Estados, cuando los autores son nacionales de uno de ellos. Sin embargo, esto no debe ser óbice para alentar a las publicaciones de esta naturaleza, de la que estamos tan necesitados.

FRANCISCO ALDECOA LUZARRAGA

### *Iberoamérica: Desafíos, pugnas, luchas... y Cuba*

- David F. TRASK: *The War with Spain in 1898*, Macmillan Publishing Co., Inc., Nueva York; Collier Macmillan Publishers, Londres, 1981, xiv-654 pp.
- Carlos SERRANO: *Final del Imperio. España 1895-1898*, Siglo Veintiuno de España, S. A., 1984, 267 pp.
- Carmelo MESA-LAGO: *La economía en Cuba socialista*, Editorial Playor, Madrid, 1983, 307 pp. (Biblioteca Cubana Contemporánea).
- Carlos Alberto MONTANER: *Fidel Castro y la Revolución Cubana*, Editorial Playor, Madrid, 1983, 255 pp. (Biblioteca Cubana Contemporánea).
- Guillermo CÉSPEDES DEL CASTILLO: *América Hispánica (1492-1898)*, Editorial Labor, Barcelona, 1983, 526 pp. (Historia de España dirigida por Manuel Tuñón de Lara, vol. VI).
- Claudio VELIZ: *La tradición centralista de América Latina*, Editorial Ariel, S. A., Barcelona, 1984, 355 pp.

La guerra hispano-estadounidense de 1898 ha recibido muchísima más atención en Estados Unidos que en España, lo cual no es para extrañarnos, pero también es cierto que la mayoría de las guerras de Estados Unidos han recibido más atención entre los eruditos que la que dicho país mantuvo contra España.

El macizo libro de Trask corresponde a una colección de la editorial sobre las guerras norteamericanas, y como tal centra su exposición en los acontecimientos navales y militares. Contempla las actividades de todos los protagonistas (España, Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Estados Unidos y ciertos países neutrales concernidos), por lo que constituye una *historia internacional*, aunque la consideración de los aspectos políticos internos de los beligerantes lo hace igualmente una *historia militar*.

*política*, según el clásico esquema clausewitziano. Si bien basada fundamentalmente en obras ya publicadas, el nivel de investigación es aparatoso, incluyendo abundante material español, atestigüándolo el casi centenar y medio de apretadas páginas de notas.

La presentación es precisa, en todos los niveles, de la logística al armamento, y aunque siempre será objeto de debate el imprevisto giro del futuro filipino y puertorriqueño, que en 1898 no estaban en entredicho, el tratamiento es perfectamente profesional.

Como ya alguien había apuntado previamente, la Marina española en 1898, como en 1805 ante el desafío de Trafalgar, disponía de un razonable número de buques, pero no estaba preparada como flota de acción (p. 111). La acusación española de filibusterismo abastecedor de los rebeldes cubanos es una presunción indicativa, pero que la típica desidia española provoca que nuestros patrulleros sólo capturaran un barco de abastecimiento. De unas 71 expediciones filibusteras dirigidas a Cuba, sólo 27 alcanzaron su destino, habiendo Estados Unidos interceptado 33, dos los británicos y otras cuatro las tormentas (p. 5). Decir que ninguna de las dos partes no se hallaba preparada para la guerra cuando ésta estalló, ya que todo se había fiado al arreglo diplomático (p. 59), no es decir nada, o mejor dicho, equivale a decirlo todo, puesto que una acción con un océano por en medio, la clave reside en la flota, y la española ya la dictaminó el autor. De no ser así, ¿a qué venía el *show* del *Maine*, negándose Washington a que España efectuara una investigación dentro de sus propias aguas soberanas aunque el navío gozara de extraterritorialidad?

El aspecto diplomático está bien tratado. El presidente americano trataba de llegar a una paz rápida, mientras que el jefe del ejecutivo español trataba de minimizar las consecuencias de una probable derrota. Pero mientras, el apetito y los deseos americanos fueron subiendo. (De todos modos asusta pensar que algún dirigente en el poder pudiera prometer una ampliación territorial de Gibraltar a cambio de ayuda británica, según indica el autor aduciendo una fuente secundaria; y también asusta que Estados Unidos hubiera accedido al respiro de no quitarnos las Filipinas, con un Aguinaldo suelto que luego tanto amargaría la vida a los nuevos ocupantes.) La curiosa diplomacia americana se centró en Luzón, luego en el archipiélago, mientras que los tres pequeños archipiélagos del Pacífico, fácilmente asumibles por Estados Unidos, serían comprados por los alemanes.

Una perla de la cuantificación lo constituye este dato: por el tratado de paz, Estados Unidos se comprometió a repatriar a su costa al ejército español. Una combinación de navieras británico-alemanas propuso un costo de 110 dólares por oficial y la mitad para los rangos inferiores, lo que habría supuesto 1.312.915 dólares, pero el contrato se lo llevó la Compañía Trasatlántica española, que había ofertado por 55 y 20 dólares respectivamente. En el intervalo de cuarenta días del verano, 22.864 soldados fueron devueltos a España por 513.860 dólares. El milagro es que el contrato no lo hubiera copado una empresa yanqui.

En la acreditada, aunque desigual, colección de «Estudios de Historia Contemporánea», Carlos Serrano, profesor de Estudios Ibéricos en una Universidad de París y miembro de la Casa de Velázquez de Madrid, autor o coautor de diversos trabajos sobre historia española, ha presentado un sugestivo libro sobre el conflicto bélico de 1898, contundente y crítico contra la clase dirigente española y demás clases aprovechadas en el asunto cubano, donde los intereses creados y la obsesión por conservar Cuba como equilibradora de la crónicamente deficitaria balanza comercial española quedan puestos de manifiesto.

El diagnóstico de carne de cañón barata y barcos malos se asumen sin más, pero también se apunta a los «numerosos indicios de que el conflicto marítimo de 1898 se llevó a cabo con el deliberado propósito de que se perdiera la escuadra» y llegar así cuanto antes a la paz (p. 41). Señala testimonios de algún marino y de Romanones. ¿Pero de verdad que podían creer que la guerra sería así de breve y el glorioso ridículo tan sin consecuencias? De haberlo así presumido, ¿no habría podido pensar con toda lógica la decadente clase dirigente —y no sólo la política— que de ello podría derivarse una revolución o cuando menos una revuelta o rebelión, a empezar por la poca Marina que pudiera quedar o ser desautorizados por una risotada y un pataleo? Esto queda apuntado en las páginas 129-130. Lo que no ocurrió en 1898 ocurriría en Annual, y con ello se iniciaría una cuesta abajo que se precipitaría en 1936. Es lo que viene a decir el autor al concluir su trabajo.

En cuanto al detonante-pretecto de la guerra, las dudas han quedado disipadas, con una suerte de *mea culpa* americana, tras la obra del almirante Hyman G. Rikover (*How the Battleship 'Maine' Was Destroyed?*, Washington, 1976, pp. 1-5), y no hay que darles más vueltas al asunto: todo fue fortuito.

De acuerdo con la colección, casi la mitad del libro es de documentación, presentando piezas poco utilizadas. Alguna de ellas muestra perentoriamente que en España uno no sabe si asombrarse más por la derecha dura y obtusa o por la izquierda biempensante y tontorróna. Así, recién volado el *Maine*, el órgano federalista *El Nuevo Régimen*, clamaba: «¡Paz y armonía con los Estados Unidos! ¡Jamás la guerra! Es la primera nación del mundo, el escudo de la libertad, la antorcha del progreso!» Ciento cincuenta y dos días después descubría un curioso Mediterráneo: «Si los Estados Unidos aspiran en realidad al protectorado de Cuba y la anexión de Puerto Rico, lastimoso es decirlo, perderán totalmente el carácter que los distingue, y quedarán confundidos con las naciones de Europa. Serán también opresores y no libertadores de pueblos, y en su creciente ambición, a fuerza de querer arrollarlo y dominarlo todo, comprometerán con su propia libertad la libertad del mundo.»

Los cubanos están quejosos de la conducta norteamericana, pero Cuba, a la que Estados Unidos trató de anexionar por todos los medios a lo largo del siglo, en 1898 la ocupan sin aplicar el tradicional derecho de conquista, ya que casi de inmediato la desocuparon, con todas las hipotecas que se quieran. Hoy sólo retienen la bahía de Guantánamo y Cuba es un país marxista-leninista militante y beligerante no sólo en una zona de máxima seguridad inmediata para Estados Unidos, sino también en otros hemisferios.

La economía cubana ha sido uno de los puntos mejor diseccionados de la historia económica de Iberoamérica, sobre todo a partir del siglo XVIII y en el creciente capítulo del azúcar. Cuando Castro tomó el poder hace ya más de un cuarto de siglo, todos los males de la isla se hacían derivar de tal ominoso monocultivo, así como de su subsiguiente dependencia de Estados Unidos. Lo primero subsiste, lo segundo ha sido meramente trastocado por la Unión Soviética. No es nada extraño que el Gobierno cubano, que tantas excelencias manifiesta en sus logros, y no pocas veces con razón, sea tan renuente a rendir cuentas económicas fehacientes. Con todo, sus publicaciones y series estadísticas permiten reconstruir el camino andado —y desandado—, sus vericuetos y sus resultados, aun cuando las cifras haya que desentrañarlas para conseguir su verdadero significado.

Carmelo Mesa-Lago es un profesor cubano más o menos exiliado en Estados Unidos, pero con acceso a la isla, y que ha utilizado en diversas ocasiones. Desde hace dos décadas viene siguiendo la marcha de su economía, como lo confirman sus

artículos y publicaciones. Es catedrático de Economía en la Universidad de Pittsburg y director de la revista *Estudios Cubanos*.

*La economía en Cuba socialista viene a ser el libro-balance para el período 1958-1978.* El original fue publicado en Estados Unidos en 1981, y no en 1983 como consta en la traducción española, lo cual explica mejor algunas cifras no demasiado actuales, pero también confirma alguna apreciación entonces venidera, como por ejemplo el explosivo endeudamiento cubano que ya ha llevado al país a un nivel de insolvencia similar al de tantos países iberoamericanos y, por tanto a, capitalistas, con toda la problemática de la renegociación de la deuda.

Es, el de Mesa-Lago, un libro clarividente, sereno y crítico. Analiza el intento cubano-castrista de alcanzar cinco metas principales del desarrollo socioeconómico, los resultados de tales políticas en cuanto a logros, los cambios de prioridades en relación a las metas en varias de las fases, y las razones de dichos cambios. Teniendo en cuenta que los indicadores macroeconómicos oficiales no son de fiar, deben usarse con cautela y en combinación con otros factores, sobre todo de producción física. El peso cubano dejó de ser intercambiable a partir del castrismo, lo que hace problemáticas las estadísticas medidas con tal moneda. Llama la atención, al menos como español, que no se tenga en cuenta el notorio libro del economista Alberto Recarte [(*Cuba: economía y poder (1959-1980)*), Alianza Universidad, Madrid, 1980]N. Tal vez se deba a que éste no citó los trabajos de Mesa-Lago, porque estas cosas suelen funcionar así. Sin embargo, ambas obras tienen conclusiones muy parecidas.

Otro cubano, éste sí exiliado de verdad, en una ágil, guasona y en momentos devastadora biografía de Fidel Castro, expone todo un planteamiento de la dictadura cubana con buena pluma. Se trata del escritor Carlos Alberto Montaner. Se saca buen producto de los fallos del régimen tanto como a la locuaz y gesticulante personalidad del dictador. Alguna de las afirmaciones no puede ser contrastable, como por ejemplo cuando Neruda, tras una penosa visita a Cuba, confesaba con dolor y melancolía a M. A. Asturias: «Qué lástima, Miguel Angel, que nos pasemos la vida defendiendo países en los cuales no podemos vivir» (pp. 153-154).

No le faltan a Montaner finas recontrargumentaciones al discurso castrista: ¿Que ha habido una fuga de cubanos? También la hubo de puertorriqueños a Estados Unidos. Cierto, pero los cubanos no lo han hecho en su respectiva dirección, o sea hacia la URSS (p. 152). Si ningún gobierno ha hecho más por impulsar la cultura cubana, tampoco ninguno ha hecho más por reprimirla. «La república que desapareció en 1959 ignoraba el hecho cultural. Los gobiernos no se preocupaban por publicar un libro de Cintio Vitier, pero tampoco les preocupaba lo que Cintio Vitier pudiera decir en sus libros.» No había autohumillaciones a lo Herberto Padilla. Muchos escritores que luego proseguirán con el castrismo, hicieron su previa labor anteriormente, sin exigírseles una particular devoción política ni se les persiguió por lo que expresaran (p. 143). ¿De qué sirve haber sido alfabetizado —viene a decir— si tampoco puedo leer lo que quiero? Es más, corro grave peligro si lo hago. El libro, ciertamente, es una incitación constante y en modo alguno el ajuste de cuentas de un peso ligero del anticastrismo. Leído conjuntamente con el de Mesa-Lago se penetra hondamente en la realidad cubana.

La obra del profesor y americanista Guillermo Céspedes del Castillo había quedado descolgado de la decena de volúmenes de que consta la Historia de España en que se cobija, concluyendo con ella su edición. El libro será agradecido tanto para el lector interesado como por el estudiante universitario, quienes en un país de americanistas, no tienen demasiadas opciones a la hora de leer una obra de síntesis. El don

de la síntesis sin pérdida de rigor no es dado a todo el mundo. Refiriéndose al final de nuestro imperio, el autor apostilla: «Nunca guerra tan corta, fácil y mal llevada resultó tan productiva para Estados Unidos» (p. 483). A lo que cabría añadir de qué les sirvió, o con intencionalidad moralista vengativa diríamos que con el pecado va la penitencia.

En su prestigiosa colección de Historia, Ariel acaba de publicar en español el libro del sociólogo y profesor Claudio Véliz. Siguiendo algunos precedentes, este autor chileno lo había publicado originalmente en inglés hace cuatro años. Más trabajado que el libro del venezolano Carlos Rangel (*Del buen salvaje al buen revolucionario*, Monte Avila, Barcelona, 1976) es en apariencia menos militante pero de alcance superior si cabe.

Su introducción arranca con estas palabras: «La desilusión y la perplejidad parecen ser las consecuencias más obvias de los últimos intentos por reformar, modernizar, revolucionar o transformar de uno u otro modo los países de América Latina. Estoy persuadido de que esto es resultado de creer equivocadamente de que la experiencia de los países industrializados de Europa noroccidental y los modelos interpretativos que de ella se derivan son aplicables punto por punto a los pueblos de las regiones sureñas del Nuevo Mundo. También estoy convencido de que la proliferación de regímenes autoritarios de unos años acá no es una aberración moral o política sino la manifestación de un estilo de comportamiento político, una disposición secular de la sociedad latinoamericana que, bajo diferentes formas —de las que la militar puede muy bien resultar la más transitoria—, perdurará en nuestra zona durante cierto tiempo» (p. 15).

A lo largo de trece capítulos trata de verificar la hipótesis de los factores de carácter social, económico y político que distinguen la sociedad latinoamericana de las europeas noroccidentales. Comienza desde el momento de la conquista americana por una Castilla posfeudal, que «centraliza» al máximo su América inventada, hasta las actuales recentralizaciones autoritarias vía militar o vía marxista-leninista. Su temática es sugestiva y nos proporciona infinidad de claves para la comprensión de la historia y la política, la sociedad y la economía iberoamericana.

No es nada objetable afirmar que Bolívar, el centralizador de la Gran Colombia, fue derrotado no por federalismos locales sino por los centralismos de Caracas, Bogotá y Quito. El rechazo general de España por parte de los liberales decimonónicos iberoamericanos se hizo con el mismo furor que su entreguismo mimético a los modelos neometropolitanos de Inglaterra y Francia. Ciertos contrastes reactualizados son maravillosamente provocativos: un Rosas, por ejemplo, combatido por aquellas potencias europeas, en las que se apoyó Sarmiento, no fue óbice para que éste más tarde no fuera presidente, por lo que se presume que «sus opiniones le perjudicaron menos hace un siglo de lo que le perjudicarían hoy». Claro que habría que añadir, para perfilar con más precisión la época, que el derrocado Rosas se fue a pasar el resto de sus días a Inglaterra.

En lo que refiere a la revolución cubana, que introduce un centralismo más rígido que cualquier otro conocido, subraya que «atrajo poca atención mientras fue básicamente una lucha libertaria de la clase media apoyada con frialdad por Estados Unidos e igualmente resistida vagamente por los comunistas cubanos. Pero cuando la victoria de Fidel Castro fue recibida con entusiasmo por la *intelligentsia* radical en París, Londres y Nueva York, la *intelligentsia* latinoamericana la aceptó de inmediato como un presagio de un futuro inevitable y deseable para la región» (p. 288).

Véliz, basándose en una apreciación de M. Oakshott que piensa que la ideología política, en lugar de ser «el padre cuasi divino de la actividad política, resulta que es su hijastro natural», indica que la disposición centralista de los iberoamericanos no tiene que confundirse con una ideología, teniendo, por contra, que considerarse tal disposición centralista como una descripción del modo como los latinoamericanos se han ocupado de sus ordenamientos económicos, sociales y políticos. En todo caso, hasta el presente, «la tradición centralista ha sido latitudinaria, legalista y de carácter marcadamente civil» (p. 296).

TOMÁS MESTRE

Michel TATU: *La bataille des euromissiles*. Seuil, París, noviembre 1983, 120 pp.

Con la ruptura de las negociaciones de Ginebra el pasado 23 de noviembre se ha dicho que el control de armamentos ha sufrido otra derrota más. Se ha argüido asimismo que este fracaso negociador era relativamente pensable puesto que la tendencia de las últimas décadas en materia de armamentos consiste en una acelerada espiral de acumulación de capacidades destructoras. También se denuncia que, en esa medida, el abandono de toda conversación no puede suponer más que el incremento del riesgo en forma de crecimiento neto del número de sistemas nucleares en Europa, producto de una carrera global de difícil e impensable final.

Desde luego todo ello es cierto, aunque a veces, en pleno fragor de las disputas acarreadas tras la decisión de la OTAN en diciembre de 1979 de instalar 572 misiles de alcance intermedio (108 *Pershing II* y 464 *GLCM*) hemos caído en demasiados tecnicismos en un afán de cientificar una cuestión eminentemente política y progresivamente hemos ido olvidando las razones que originaron y llevaron a adoptar tal decisión.

En un esfuerzo por retomar estas cuestiones originarias en un momento en el que el debate público se movía ya casi a niveles de táctica militar, hace poco más de tres meses Tatu, con el patrocinio de la *Fondation pour les études de Défense nationale*, ha plasmado en el libro que presentamos con el estilo directo, claro y didáctico que ha caracterizado su labor periodística algunos de esos puntos de los que ya nadie se acuerda.

Desde luego parte con el convencimiento de la necesidad del despliegue de los misiles americanos en Europa puesto que el dato principal lo constituye la existencia de una amenaza general sobre el viejo continente: la amenaza soviética. El *build-up* que la URSS ha desarrollado desde los 60 que le ha permitido alcanzar la paridad estratégica y, sobre todo, lograr una proyección política y militar todo a lo largo del globo, más que ser interpretado por una tendencia desmesurada soviética en sobrecompensar o por una fuerte inclinación a enfocar las cuestiones en términos de seguridad y en sus aspectos puramente militares, dos características ciertas de la URSS, en Tatu van a ser la expresión de una más profunda tradición: una práctica de conquista, de expansión.

No se trata de afirmar que si la URSS se siente rodeada es simplemente porque la Tierra es redonda. Pero en cualquier caso, no parece nada fácil argumentar que la Unión Soviética no posee una práctica expansionista, casi imperial, que la coloca en posición de «mala vecindad». Ya se sabe, la expansión comienza en la periferia

inmediata del imperio, consolidándose las conquistas más fuertemente según el grado de proximidad a su corazón y debilitándose a medida que uno se aleja de dicho centro.

En esa medida parece ser claro el destino de Polonia, Hungría, Checoslovaquia o Afganistán. Incluso el de los Estados Unidos, un estorbo y obstáculo, pero no un objeto de conquista. Menos nítido parece el lugar de Europa y China.

Tatu nos propone entender los SS-20 en el contexto de este «pensamiento estratégico regionalizador». El objetivo de las fuerzas intercontinentales soviéticas buscaría la neutralización de la disuasión americana, buscaría disuadir de disuadir y mantener a los Estados Unidos lo más lejos posible de las esferas de intereses del Kremlin. Por contra, la tarea de las fuerzas nucleares regionales no sería disuasiva sino «persuasiva»: convencer a los pueblos de Eurasia de la superioridad soviética y modificar consecuentemente su comportamiento.

Esto es, extraer ventajas políticas de la ventaja militar, la ventaja marginal que dan los SS-20.

Sabemos por los trabajos de William V. Garner que los soviéticos niegan a la OTAN la modernización de misiles en tierra que ellos han realizado ya argumentando que sus nuevos cohetes cumplen los mismos cometidos que los SS-4 y 5 que reemplazan. Esto ha llevado a considerar que los SS-20 no han cambiado en nada la amenaza que pesa sobre Europa, por lo que muchos condenan la respuesta adoptada por la OTAN en 1979 y el consiguiente despliegue de los PII y GLCM.

Sin estar convencidos de que los SS-20 sean armas tan precisas capaces de «golpes quirúrgicos» que anularan a la Alianza Atlántica rápida, precisa y totalmente, desde luego sí vemos diferencias entre los SS-4 y 5 y los nuevos misiles. Aquellos por su imprecisión no podían ser utilizados más que en una estrategia contra ciudades, masivamente por tanto. El SS-20, menos vulnerable, más preciso (se habla de un CEP de unos 300 metros), sí puede ser lanzado para golpear objetivos exclusivamente militares reduciendo daños colaterales. Técnicamente es posible hablar de una guerra nuclear limitada a Europa.

Consideración que se agrava si conocemos los cambios en el pensamiento estratégico soviético que, según Stephen M. Meyer, encara ya la posibilidad de tal escenario. De ahí todo el problema del *decoupling* famoso ente EE.UU. y Europa, porque sólo separando el teatro europeo (euroasiático más bien) del central americano, el SS-20 puede resultar un arma que consolide una superioridad regional y permita de hecho la explotación eventual de esta superioridad.

Reconociendo todo lo anterior no cabe sino algún tipo de respuesta por parte occidental. De ella trata Tatu en la segunda parte de su obra. Al igual que la anterior trata de poner las ideas en su justo sitio, retomando los argumentos de origen.

Lo primero que habría que recordar sería el mismo proceso histórico por el que se llega a la decisión de 1979.

Siendo relativamente conocido sólo haremos hincapié en uno de los aspectos más erróneos de nuestros debates: los euromisiles no responden a la voluntad «militarista y casi demoníaca» del presidente Reagan. La idea de la necesidad de una respuesta occidental a la nueva amenaza soviética se encuentra ya en la Administración Carter y en concreto, parte del lado europeo. Es tradicional desencadenar el proceso con la conferencia pronunciada por el canciller H. Schmidt en el Instituto Estratégico de Londres (IISS) el 28 de octubre de 1977. Los europeos criticaban precisamente el egocentrismo EE.UU. que se ocupaba de prohibir el SS-16 (misil móvil, intercontinental) pero que dejaba pasar a su hijo regional el SS-20.



En fin, no sería sino en septiembre de 1979 cuando el grupo de alto nivel de la OTAN recomiende el despliegue de los 108 PII y 464 GLCM en cinco países de Europa. Finalmente, el 12 de diciembre del mismo año, el Consejo de Ministros de la Alianza reunido en Bruselas adoptará la «doble decisión»: modernizar las fuerzas nucleares de teatro y proponer a la URSS el inicio de negociaciones para la reducción de las mismas.

El largo retraso entre la adopción de la decisión y la operatividad parcial o el cumplimiento total del programa, esto es, de momento, cuatro años de controversias, de desresponsabilización europea, divisiones y frustraciones nacionales por todos lados, en suma, cuatro años de debilidades políticas, ha nublado ciertamente el aspecto militar, y sus ventajas, de los euromisiles. Ventajas que para Tatu son claras: operacionales (incremento de la precisión, reducción daño colateral, etc.) en especial defendidas por los americanos, y de estrechamiento de la ligazón entre Europa y EE.UU. (el *recoupling*), discurso con mucho más eco en este lado del Atlántico.

En cualquier caso ambas ventajas no hacen sino reforzar la disuasión: ¿Dispararía Moscú sus potentes ICBM contra Montana, valga el caso, porque unos pocos Pershing II hubiesen destruido algunos aeródromos en Bielorrusia? Si para Tatu tal es el dilema soviético actual, nos parece que las opciones no son tan sencillamente reductibles, al menos para nuestro querido viejo suelo.

Para terminar, la tercera parte del libro de Tatu aborda la posición francesa respecto de los euromisiles. Quizá siendo aparentemente un tema marginal resulte sernos muy interesante a los españoles. Entre Francia y España hay ciertas similitudes cara a la seguridad eurooccidental y en concreto sobre el despliegue de los PII y GLCM.

Primeramente tomemos como fondo una común pertenencia sui géneris a la Alianza Atlántica. En el caso francés a partir de 1966 y su voluntaria retirada y evacuación de organismos, instalaciones y bases militares. España, con una «integración congelada» que nos hace decir, como a menudo se escucha, que estamos en la TAN pero no en la O.

En esta medida ambos países no se han sentido concernidos directamente con la decisión de diciembre de 1979. España porque no era todavía el 16.º miembro de la Alianza y la decisión fue adoptada sólo por los miembros de la OTAN que participaban del sistema militar integrado, sistema del que se retiró Francia, como hemos dicho, en 1966 y al que no tiene una decidida intención de volver de momento. Esta es su razón. La decisión y sus previas discusiones se desarrolló en el seno del Grupo de Planificación Nuclear, del Comité de Planes de Defensa, del grupo de alto nivel y del grupo especial, todas instituciones a las cuales Francia no pertenecía.

Una evidente diferencia entre el país vecino y el nuestro se encuentra en que, a consecuencias de su *separatismo*, Francia participa de la disuasión nuclear por cuenta propia mediante su querida *force de frappe* y, por tanto, refuerza la disuasión global de la Alianza. No es el caso de España, jurídicamente desnuclearizada.

Un aspecto común más es el silencio que sobre la doble decisión han mantenido los dirigentes de ambos países. En el caso francés, hasta 1981 Valéry Giscard d'Estaing y su gobierno se mantuvieron al margen de la controversia, rechazando comentar oficialmente la decisión de la OTAN aunque la apoyaran de hecho. Razones se han argumentado varias, pero en resumidas cuentas, no sería sino tras el cambio de equipo en el poder en mayo de 1981 cuando París va a abandonar las reservas anteriores y sostendrá abierta y activamente el despliegue y la negociación.

De nuestro lado, tras nuestra apresurada adhesión a la Alianza por el último gobierno UCD se arguyó que al haberse adoptado la decisión sin ser nosotros miembros era una cuestión que no nos incumbía, máxime cuando el despliegue tampoco podría afectarnos. Tendría que ser el nuevo gobierno, socialista como en Francia, quien diera cierto cambio a este tono formalista. A pesar de todos los problemas referentes a nuestro grado de integración, salida, indecisiones calculadas, etcétera, ahí está la *comprensión* del presidente González sobre el despliegue expresada precisamente ante la Cámara Alemana con motivo de una visita oficial, paradójicamente el país que más agitación entre expertos y división popular ha conocido sobre el tema.

En cualquier caso, España no tiene que preocuparse porque en futuras conversaciones se negocien fuerzas nucleares que no posee y que en principio no debe poseer, almacenar o transportar. Que no es la situación de Francia.

En fin, el problema sustancial que resta hoy día es sentar a los grandes, y en especial a la URSS, seriamente en una negociación veraz que reduzca sustancialmente las armas existentes y congele las en proyecto. Y esto también debería contar para las fuerzas nacionales de cualquier potencia nuclear, Gran Bretaña, Francia o China.

Si de verdad queremos limitar el riesgo y no solamente la guerra, no parece que haya muchas otras vías.

RAFAEL-LUIS BARDAJI

WILLIAM V. GARNER: *Soviet threat perceptions of NATO's eurostrategic missiles*. The Atlantic Institute For International Affairs, Paris. Noviembre 1983. 113 pp., 6 tablas y 4 mapas.

Mil novecientos ochenta y tres ha sido, sin duda, el año de los euromisiles. Tras cuatro años de polémica, declaraciones y disputas diplomáticas, consecuencias directas de la modernización de la capacidad militar de la OTAN y, en concreto, de su conocida *doble decisión* de diciembre de 1979, por primera vez desde hace más de veinte años misiles americanos capaces de alcanzar y golpear el territorio de la URSS son instalados en suelo europeo.

Pero 1983 ha sido también el año de las grandes manifestaciones populares por la paz y el desarme. Y con tanta extensión e insistencia que ni España ha sido del todo indiferente. Sin embargo, tal como ocurriera ya en 1957 tras la decisión de Eisenhower de instalar misiles Thor y Júpiter en Europa, con la llegada del primer cohete al viejo continente y sus islas parece haberse dado un repliegue de la contestación, y ahora, con dos meses de 1984 a nuestras espaldas, el movimiento contra la instalación de los 108 Pershing II (PII) y 464 misiles crucero (GLCM) parece estar en franca desintegración.

Posiblemente porque este nuevo pacifismo que hemos conocido estuvo centrado en la misma decisión de diciembre de 1979. O sea sobre la voluntad de instalar dichos ingenios nucleares. De tal forma, una vez constatada la derrota puede parecer lógico su languidecer.

Sin embargo, que los misiles estén llegando no lo es todo. Además de su despliegue, operatividad y obligado mantenimiento, todavía hay un aspecto importante a no descuidar: que los PII y los GLCM no caen en el vacío, sino que, como fuentes oficiales soviéticas ya han hecho saber reiteradamente, van a tener una contestación

por su parte. Quizá sea ese el nuevo derrotero que necesita el pacifismo, tener en cuenta y enfrentarse ahora a la respuesta del Kremlin.

Desde este específico punto de vista, conocer la opinión soviética para orientar apropiadamente nuestra futura conducta, el libro de Garner que presentamos supone una valiosa contribución.

Como consideración previa diremos que Garner no entra en la cuestión de la traída *doble decisión*, como él mismo reconoce es partidario de realizarla, de instalar los misiles, y por eso, en tanto que hecho necesario, el núcleo de su estudio se centra en otro tema, el impacto de los llamados euromisiles en los círculos políticos y militares soviéticos. Es, pues, un libro que cuadra dentro de esa nueva rama de las Relaciones Internacionales que se conoce por kremlinología o soviología, lo que siempre es de agradecer habida cuenta que la información a destilar de la URSS nunca es abundante.

Tal vez sea, genéricamente, el punto más oscuro no sólo del libro sino de toda la soviología encontrar la información precisa y apropiada. Recordemos a modo de anécdota cómo veinticuatro horas antes de la muerte de Andropov expertos americanos afirmaban que el muerto era el mariscal Ustinov y que Andropov, por contra, se recuperaba visiblemente. Y no ha sido ese el único fallo de apreciación.

Consciente de tal limitación, Garner toma con grandes reservas la básica fuente documental, la prensa soviética y la imagen que de los euromisiles de la OTAN proyecta. Teniendo en cuenta que muchas veces artículos y declaraciones son meros instrumentos de propaganda, el autor va a contrastar las quejas soviéticas con otras fuentes a fin de acercarse críticamente a las percepciones de amenazas sentidas por los soviéticos respecto de los PII y GLCM.

Hecha estas salvedades pasemos al libro en sí.

El excelente trabajo se divide en cuatro grandes partes. La primera articula sistemáticamente cómo perciben la amenaza los soviéticos, dividiendo los argumentos dados por los rusos en componentes fácilmente identificables, ilustrados cada uno de ellos con una panoplia profusa de citas, en especial de la prensa soviética. La segunda y la tercera parte evalúan dichas declaraciones respecto de las capacidades y misiones de los PII y GLCM, así como cara a la política militar soviética y su programa armamentístico. La parte cuarta estudia la percepción soviética dentro del contexto general de los objetivos de la política exterior de la URSS, parte que posiblemente da la valoración más probable de cómo efectivamente los soviéticos ven los misiles de la OTAN. Finalmente, el trabajo concluye con las implicaciones de tal valoración en las negociaciones EE.UU.-URSS en general y sobre la política exterior soviética.

Por poco que hayamos seguido el debate estos tiempos atrás sabremos que la prensa soviética ha desarrollado un argumento fundamental contra los misiles y que nos puede ayudar a conocer la representación que se hacen de la amenaza: que los nuevos misiles de la OTAN amenazan con cambiar radicalmente la situación estratégica en el continente, asegurando la superioridad militar del bloque de la OTAN.

Bien, tal argumento se suele expresar mediante cuatro proposiciones interrelacionadas según los momentos: 1. Que los PII y GLCM dan a la OTAN básicamente nuevas capacidades. 2. Que burlan el equilibrio intercontinental existente incorporado en los acuerdos SALT II. 3. Que tales misiles destruyen el equilibrio existente en Europa. 4. Que la decisión de la OTAN refleja la estrategia EE.UU. de «europeizar» y luchar una guerra nuclear limitada.

Digamos que son también cuatro las *nuevas capacidades* que los soviéticos consideran más amenazantes. En primer lugar el alcance, ya que son de la opinión de que

los PII y GLCM verán extenderse su radio de acción para transformarse de sistemas tácticos en una nueva amenaza contra el suelo soviético. Como segunda cuestión la alta velocidad de vuelo de los PII, que les haría particularmente efectivos contra objetivos de urgente destrucción, tipo misiles estratégicos y su C3I. Igualmente consideran que esos cuatro-seis minutos que tardaría un PII en alcanzar Moscú no hace sino aumentar el riesgo de guerra involuntaria en la medida en que debe permanecerse en continua opción de lanzamiento en alarma (*launch on warning*) o lanzamiento en pleno ataque (*launch under attack*). En tercer lugar el sustancial incremento de la precisión de dichos misiles, un CEO (*circular error probable*) de 35-40 metros atribuido al PII, hace que los soviéticos vean crecer la amenaza sobre sus silos reforzados de misiles estratégicos. Por último, la movilidad, la disponibilidad operacional, el ocultamiento y la dispersión frustrarían los intentos soviéticos de destruir estos misiles. Asimismo, la alta velocidad de los PII y el sistema de guiado, la maniobrabilidad, la baja cota de vuelo y el tamaño reducido de los GLCM les concede una impresionante supervivencia en vuelo. Esta combinación de supervivencia pre y poslanzamiento hace que sientan no sólo un incremento en la opción de primer golpe por parte de la OTAN, sino además una adquisición importante por parte de la Alianza de una capacidad de contrafuerza.

Y aun siendo este un punto crucial cara al futuro como señalaremos, la prensa soviética hace mayor hincapié actualmente en lo que considera una nueva estrategia militar EE.UU.: la europeización de una guerra nuclear.

Una guerra limitada de partida desequilibrada en contra de la Unión Soviética y sus aliados: desequilibrio en el número de cabezas nucleares, no sólo producto de la adición de los PII y GLCM, que no representaría sino una agravación, sino también en la perspectiva de los programas modernizadores de las fuerzas nucleares británicas y francesas. El programa Chevaline haría pasar de 192 a 900 las cabezas bajo control británico, mientras que el reemplazamiento de los 18 S-2/3 IRBM y 80 M-20 SLBM franceses de una cabeza cada uno por misiles portadores de siete cabezas incrementaría su número a 686 sólo en el lado francés.

Quizá desde este ángulo se entienda la insistencia soviética en Ginebra por negociar sobre dichas fuerzas a pesar de su insignificancia presente.

Por otra parte, además del número, si los soviéticos ven lógico la modernización de sus propias bases terrestres de misiles y niegan lo mismo a la OTAN se debe a lo que califican de «desequilibrio en cometidos». Los SS-20 cumplirían idéntica misión que los misiles de medio alcance a los que sustituyen, mientras que los PII y GLCM introducirían una crítica capacidad de anticipación, suficiente para un ataque que desarmara a la URSS. Sobre todo si se tienen en mente los sistemas ahora en desarrollo, como la cabeza MK 12A, el MX, los Trident I y II, antisatélites, etc.

Resumiendo, no se trata de que los analistas soviéticos se lamenten de una presente «ventana abierta», sino que atribuyen a los PII y GLCM en combinación con otros sistemas un papel clave en el periodo 1986-1989. En ese sentido, la percepción de riesgo ante un ataque de anticipación por parte de la OTAN sin duda se incrementa cara a los 90.

El cambio de doctrina que tan bien ha estudiado Stephen M. Meyer (*Soviet Theatre Nuclear Forces. I Development of Doctrine and Objectives*. IISS, Londres 1984) ha hecho que los soviéticos no sólo piensen en la posibilidad de una guerra nuclear limitada, sino incluso en la posibilidad de perderla.

Este hecho, efecto de la amenaza percibida a largo plazo desde la OTAN, puede tener tres diferentes consecuencias en opinión de Garner. Primero, obligar a los rusos

## RECENSIONES

a adoptar una estrategia de opciones nucleares limitadas basada en la superioridad de su despliegue en Europa (los miedos que avivan las discusiones occidentales, dicho sea de paso). En segundo lugar, aplicar significativos recursos al desarrollo y mantenimiento de una capacidad de contrafuerza, siempre en alerta, tanto en mar como en tierra. Por último, podría obligar a los soviéticos a plantearse seriamente algún tipo de control de armamentos que minara las estrategias, capacidades e incentivos de cada parte por lanzar un primer y afortunado golpe.

El problema es que si esta tercera opción deseable requiere un sustancial cambio por parte soviética, también exige una buena dosis de habilidad política y disposición occidental.

La última parte de la obra de Garner se centra en los intereses soviéticos en las negociaciones. Un conocimiento imprescindible si de verdad se quiere conversar.

Dejando al margen el problema ideológico, así como el del control de los asuntos domésticos de aliados, uno de los más persistentes objetivos soviéticos ha sido *desdoblar* la Alianza Atlántica mediante la marginalización del rol americano en la seguridad de Europa. Y aunque en realidad las discusiones sobre el paraguas americano están lejos de concluir (ahí está el artículo del doctor Kissinger en el *Time*), los dirigentes soviéticos han sido incapaces de alcanzar tal objetivo e incluso hoy se plantean si su consecución resultaría beneficiosa o perjudicial. Ni quieren ni desean el incremento de las fuerzas convencionales de la OTAN ni una carrera intercontinental con los EE.UU. ni ver surgir fuerzas nucleares independientes europeas.

Además, cualquier negociación debe pasar sobre otro dilema, el desdoblamiento del Lejano Oriente de los escenarios de la OTAN. Tres razones han aducido los soviéticos en Ginebra para no discutir los misiles estacionados más allá de los Urales: que no podían limitar unilateralmente sus sistemas mientras que China no restringiera el crecimiento de sus fuerzas nucleares. Dos, que deben tener bien presentes las capacidades nucleares de las bases avanzadas EE.UU. en Asia y, por último, el *factor Japón*, que debe limitar su alianza con los Estados Unidos y que nunca debe convertirse en una potencia nuclear y, para ello, nada mejor que un puñado de SS-20.

Sea como fuere, la urgente y vital necesidad de reencontrarse en la negociación sigue ahí. Quizá nuevos equipos dirigentes sean capaces de comprometerse en ello. Si como dice Garner innegablemente los misiles americanos en Europa representan un paso atrás para la URSS, sólo juntos, negociando, podremos dar todos dos pasos adelante.

RAFAEL-LUIS BARDAJI

OSCAR CARDOZO, RICARDO KIRSCHBAUM, EDUARDO VAN DER KOOP: *Malvinas. La trama secreta*. Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1983, 366 pp.

El año pasado se produjo en la República Argentina —por razones fáciles de comprender— la aparición de una cantidad de trabajos dedicados a la reciente guerra de las Malvinas. Entre ellos cabe señalar: BENIGNO ANDRADA: *Guerra aérea en las Malvinas* (ed. Emecé); CARLOS TUROLO (H): *Malvinas. Testimonio de un gobernador* (Sudamericana) y del mismo autor: *Así lucharon* (Sudamericana); NICOLÁS KAZANTZEV: *Malvinas. A sangre y fuego* (abril); DANIEL KON: *Los chicos de la guerra* (Galerna), y DAVID TINKER: *Malvinas. Carta de un marino inglés* (Emecé). A este material bibliográfico debemos agregar la publicación de las conclusiones del informe Rattenbach (Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas nombrado para evaluar los

resultados y comportamientos del personal militar en la guerra) que fuera publicado en Buenos Aires por la revista *Siete Días*.

En este contexto debemos integrar la obra que hoy reseñamos debida a la pluma de tres expertos periodistas del diario *Clarín* de Buenos Aires, todos ellos conocidos personales de las islas.

Como los mismos autores señalan en el prólogo esta obra no pretende ser una versión definitiva; abarca básicamente la temática diplomática y omite los aspectos militares que, en general, fueron el objetivo de las otras obras que mencionamos.

La primera parte de las cuatro que integran el libro —bajo el título «Antecedentes»— analiza la decisión adoptada por el gobierno del Proceso de Reorganización Nacional de ocupar militarmente las islas Malvinas para reintegrarlas al territorio argentino. Con clara capacidad periodística los autores mencionan los proyectos previos —sobre el tema del almirante Anaya y las actitudes del teniente general Leopoldo Galtieri— sobre cuya vehemente personalidad hacen una serie de sagaces observaciones. Así señalan, por ejemplo, que «hijo de una modesta familia italiana que había vivido en los suburbios de Buenos Aires, a los cincuenta y cinco años Galtieri era, antes que nada, un hombre ingenuamente ambicioso, de palabra fácil y explosiva, sencillo y emocional, como quedó demostrado en sus viajes a Estados Unidos, donde insistió en conocer Hollywood y Disneylandia» (p. 34); características psicológicas que se ven reflejadas en sus actitudes durante la crisis y que, en gran medida, influyeron en el curso que tomaron los acontecimientos. En cuanto al objetivo del operativo los periodistas transcriben la opinión de un ex asesor presidencial cuando señalan que «necesitaban espacio político y, de tener éxito, lo proyectarían a Galtieri como un líder nacional» (cfr., p. 313). Así pasan por las páginas del libro los preparativos del llamado *Alfa* y la expedición *Thule*, que se entronca en el complicado caso *Georgias* y el contrato comercial de la empresa argentina Davidov que, además de retirar material de las islas, colocó la bandera argentina que dio lugar al *casus belli*, desconociéndose a la fecha en qué medida esta actitud fue fomentada o provocada desde el gobierno. Los autores mencionan luego los entretelones de la designación del general Mario Benjamín Menéndez como gobernador militar de las islas —una vez ocupadas— y el papel que el teniente general Galtieri atribuye a sus funciones ante las dudas expresadas por aquél.

De similar interés resulta el llamado *test de Nueva York*, consistente en los viajes de Galtieri —aún comandante en jefe del Ejército— a los Estados Unidos de Norteamérica, los preparativos de su amigo el general Mallea Gil destinados a popularizar su figura como aliado y amigo de los norteamericanos y también sus entrevistas con el general Meyer, jefe del Estado Mayor estadounidense.

Esta primera parte concluye narrando los tanteos que sobre estas cuestiones realizara el embajador Raúl Quijano y con la célebre declaración del subsecretario norteamericano, Thomas Enders, quien consultado sobre una posible actitud de su país habría manifestado «nosotros manos afuera» (no vamos a intervenir), influyendo decisivamente en la óptica del canciller argentino, Nicanor Costa Méndez, sobre el papel que desempeñarían los Estados Unidos en la crisis.

Finalmente resultan de interés los entretelones que en medio de las noticias sobre su deteriorado estado de salud condujeron a la caída del teniente general Roberto Viola como presidente de la Argentina y su reemplazo por Galtieri.

La segunda parte analiza fundamentalmente la acción diplomática posterior al desembarco argentino en las islas el 2 de abril de 1982. De particular interés resulta la narración de los entretelones de la conversación telefónica grabada de Galtieri con

el presidente norteamericano, Ronald Reagan (pp. 95-100), donde éste le anticipa la actitud británica y le pide detener la acción militar. Con gran habilidad los periodistas rastrean la misión Haig, no omitiendo una interesante referencia a la ambición del secretario de Estado —obsesionado por los éxitos de su ex jefe y predecesor Henry Kissinger— como también a la influencia de sus anteriores funciones en la OTAN. En sendos capítulos desfilan ante nuestros ojos los papeles cumplidos en la negociación por el canciller Costa Méndez con sus asesores, por la Junta Militar —cuyos integrantes disentían entre sí—, como también la influencia de la presión británica, de la prensa norteamericana, la *mala prensa* del gobierno militar argentino en el exterior y los entretelones de la lucha por el poder en los Estados Unidos (Bush, Haig, Kilpatrick). Merece una referencia la impresión negativa que produjo en Haig la manifestación en la Plaza de Mayo mientras él conversaba con el presidente Galtieri, circunstancia que los autores denominan el *síndrome de Irán* narrando las disposiciones de reembarco adoptadas de inmediato con relación al personal de la embajada norteamericana en Buenos Aires.

Cardozo, Kirschbaum y Van Der Kooy escriben que «desde el comienzo, el destino político de Margaret Thatcher quedó indisolublemente unido al resultado del conflicto. Para Reagan, por otra parte, ese destino era vital, ya que consideraba a la primera ministra conservadora como su aliada personal más valiosa, tanto en lo político como en lo ideológico. Los testimonios coincidieron en señalar que, en varias oportunidades a lo largo del conflicto, Haig recordó al presidente que Estados Unidos y la Alianza Atlántica sencillamente no podían darse el lujo de arriesgar una caída del gobierno que encabezaba la Thatcher. No fue casual, dijeron, que Reagan calificara como *mi amiga* a la primera ministra en el curso del diálogo telefónico con Galtieri del 1 de abril por la noche, en que intentó disuadir al argentino» (p. 132). Cabe agregar que en el marco de la misión Haig y las posteriores negociaciones a través del presidente del Perú o las Naciones Unidas nunca hubo un proyecto inglés, ni contactos diplomáticos, ni respuesta alguna a las propuestas del Gobierno argentino más allá de las intuiciones y conclusiones personales de Haig en base a sus conversaciones —no siempre afortunadas— con los funcionarios ingleses, quizá más preocupados por el rédito político de la expedición (*Take Forces*) que por una paz que podría forzar la resolución final al centenario conflicto.

Más adelante los autores hacen referencia a la votación en las Naciones Unidas (Consejo de Seguridad) que consideran una verdadera derrota para la posición argentina, destacando la equivocación sobre la medición del tiempo para la actitud a adoptar por la Unión Soviética.

Como hecho verdaderamente insólito cabe mencionar la comunicación telefónica que el mismo día 2 de abril —en plena ocupación de las islas— lograron los ingleses con una cabina telefónica instalada en Port Stanley (luego Puerto Argentino) (cfr. página 106).

En este mismo aspecto los autores hacen referencia al avance de la flota a *velocidad diplomática* a las negociaciones en Buenos Aires del asesor presidencial norteamericano, general Vernon Walters, destinadas a desestabilizar, conjuntamente con el embajador Shaudelman, al gobierno de Galtieri, quien entre tanto había modificado sus planes originarios de ocupar pacíficamente las islas y luego desalojarlas en el marco de la negociación impresionado por el llamado *síndrome de la Plaza de Mayo* y víctima de su propia euforia había afirmado que si venían los ingleses los íbamos a esperar e inclusive derrotar (cfr., p. 137).

El estancamiento de la misión Haig condujo a la cancillería argentina a llevar la cuestión al seno de la Organización de los Estados Americanos (OEA), logrando poner en marcha el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), pese al voto opositor de los Estados Unidos, que quebró la tan mentada unidad americana.

En la tercera parte analizan el naufragio de la diplomacia centrada en esta oportunidad en la intermediación —con apoyo norteamericano— del presidente peruano Fernando Belaúnde Terry, cuyo célebre *papelito se fue a pique* con el hundimiento del crucero *General Belgrano* por parte de un submarino nuclear británico cuando aquél regresaba hacia el continente, provocando más de trescientas víctimas, interrumpiendo las negociaciones en marcha y también el retiro de las acciones de la flota argentina atemorizada ante una guerra submarina nuclear. «Paul Foot, periodista del diario inglés *Daily Mail*, opinó que el crucero *Belgrano* fue hundido para impedir que se obtuvieran efectos positivos en el intento de mediación promovido por Perú. Sostuvo que Pym y Haig estuvieron discutiendo *acaloradamente* durante nueve horas los puntos para una posible solución y que, en el interin, el buque argentino fue torpedeado» (p. 229). Por otra parte, respecto a la política británica, los autores escriben que «los interrogantes llevan casi inevitablemente a fortalecer la hipótesis de que Gran Bretaña, una vez desatado el incidente en las Georgias y enviada la flota al Atlántico Sur, nunca creyó seriamente en la posibilidad de concluir el litigio acudiendo a la vía diplomática... En primer lugar, la crisis del Atlántico Sur otorgó al Almirantazgo británico una oportunidad invaluable para defender su flota de superficie. Esta estaba entonces destinada a desaparecer, y sus unidades serían reemplazadas por los submarinos nucleares Trident... Además, la *Dama de Hierro* había hecho honor a la dureza que le asignaba el mote, despachando la fuerza de tareas (unos 140 buques) apenas horas después del desembarco argentino. Reclamó y obtuvo entonces el consenso de sus gobernados. Ella sabía que no podía hacerla regresar a mitad de camino y sin un claro triunfo, pues desde un primer momento se convirtió su enfrentamiento con la Argentina en un asunto vital de política interna. Como Winston Churchill se había enfrentado con la Alemania nazi, ella lo hacía ahora con los *fascistas* argentinos. No podía repetirse Suez, en la década del 80» (pp. 229-230).

En este mismo contexto hacen referencia a la mediación del secretario de las Naciones Unidas —el peruano Pérez de Cuéllar— como también al inoportuno reemplazo del embajador argentino Eduardo Roca por el subsecretario Enrique Ross, quien había endurecido enormemente su posición después de su desautorizada intervención en las negociaciones de febrero pasado (cfr., p. 257).

Finalmente se menciona la nueva actitud ante el Tercer Mundo iniciada por el canciller Costa Méndez —tras haber afirmado que Argentina no pertenecía a éste— al encontrarse con el primer ministro cubano Fidel Castro. Resulta de interés el diálogo entre ambos, especialmente cuando éste preguntó si el gobernador en Malvinas «es un general que pelea o es de los que se rinden» (p. 271).

En la cuarta parte de la obra se analiza la *caída* del nuevo *Alcázar de Toledo* que habían prometido el almirante Anaya y el propio gobernador Menéndez en su último discurso desde las islas, pretendiendo superar las encendidas arengas del propio Galtieri que amenazaba con pedir apoyo a cualquier país del mundo dispuesto a prestarlo. Entre las anécdotas significativas de esta etapa resulta útil hacer referencia a los serios problemas de infraestructura que planteaba la defensa de las islas, para lo cual el gobernador no estaba preparado ni había sido invocado, como también las interferencias militares entre el propio Galtieri, el comandante de operaciones, el jefe



del V Cuerpo de Ejército y demás oficiales, que concluyó con la intempestiva llegada del general Jofré y provocó incómodas situaciones respecto a los oficiales más jóvenes que debieron dejarle el mando en los últimos días.

La rendición del general Menéndez, la disconformidad de Galtieri con la actitud de éste y la frustrada convocatoria a la plaza para intentar continuar la lucha, concluyen la narración de los hechos producidos los últimos días de la guerra de las Malvinas.

Una nueva anécdota referida al general Reynaldo Bignone —luego, el último presidente del proceso—, convocado por Galtieri para establecer los puntos mínimos del Ejército ante una nueva mediación de los Estados Unidos de Norteamérica, y que provocó por parte de éste el siguiente comentario a un amigo (el general Villarreal): «Este tipo me echó del Ejército, me pasó a retiro compulsivo hace tres meses y ahora viene a pedirme ayuda» (p. 141), nos ilumina sobre los entretelones de la lucha por el poder (p. 32).

Otro dato de sumo interés es el llamado *plan Critto*: «escrito pensando en la llegada del papa, consistía en un llamamiento público de Galtieri de retirada de tropas, explicándole al país la imposibilidad de seguir combatiendo con un enemigo superior en preparación y tecnología. Critto había redactado, inclusive, un borrador de ese discurso, que señalaba los aspectos positivos: se había luchado por una causa justa, por un ideal (la soberanía); se habían hecho sacrificios, pero al combatir frente a un adversario poderoso, con la asistencia de los Estados Unidos, era absolutamente inútil seguir peleando. Lo que se había logrado era muy grande y había que preservarlo en la mesa de negociaciones. El punto clave consistía en aprovechar que Juan Pablo II estaba aquí para ordenar el retiro de las tropas, mientras el papa le daba un marco de paz y comprensión cristiana a la decisión de traer a los soldados al continente y dar por concluido el conflicto bélico» (p. 306).

La obra, sumamente amena, concluye con un importante apéndice documental (pp. 319-366) que incluye la mayoría de las propuestas diplomáticas y alguna documentación oficial no secreta sobre el tema.

En el aspecto crítico podríamos señalar la omisión casi total de referencias a la cuestión económica —especialmente petrolera— que, según los datos que poseemos actualmente, influyó poderosamente en la actitud británica.

Por otra parte se tiene la impresión de que el libro, más que un análisis de la *trama secreta*, se pierde en un interesantísimo anecdotario de detalles, omitiendo un análisis que incorpore el tema al contexto de la situación estratégica global en que se desarrolló.

Asimismo, no existen juicios de valor ni referencia alguna a los títulos de soberanía argentina en las islas, como tampoco a la defensa del patrimonio nacional, circunstancia objetable por tratarse de periodistas argentinos.

Casi podríamos decir que interesan más los efectos que las causas y quizá resulte más importante, por lo que sugiere que por lo que dice, permitiendo a quien está acostumbrado a los temas de la política internacional a obtener sus propias conclusiones, por encima de este anecdotario, amenamente desarrollado.

FLORENCIO HUBEÑAK

Mar del Plata, marzo de 1984

ALBERTO EMILIO ASSEFF: *Proyección continental de la Argentina. De la geohistoria a la geopolítica nacional*. Buenos Aires, Pleamar, 1980 (420 pp.).

El autor es un joven abogado argentino, que pese a sus cuarenta años recién cumplidos, ya desempeñó importantes papeles en la vida política del país, demostrando en cada ocasión su acentuado amor por la patria y su profunda vocación federalista conjuntamente con el conocimiento y capacidad necesarias para las tareas emprendidas.

La presente obra puede incluirse en el conjunto de la producción geopolítica escrita en la República Argentina en la década del setenta, quizá como un intento de respuesta a la profunda crisis de identidad vivida en el país. Asseff —en alguna medida discípulo del recientemente fallecido geopolítico y estratega, general Juan Guglielmelli— aclara que el objetivo de su libro es de índole conceptual y consiste en «fijar conceptos, exponer ideas, pensar la Argentina» (p. 101).

La tesis del autor se inserta fundamentalmente en una Argentina con mentalidad continental abierta hacia toda América Latina. Así describe la situación actual del siguiente modo: «El Brasil, por la índole misma de su dinámica histórica y por los requerimientos de su modelo industrial, tiende, casi con naturalidad, a la expansión. Las líneas de ese despliegue pasan por Paraguay, Bolivia y Chile, hasta arribar al Pacífico. Ello, sin mencionar las otras directrices más septentrionales. Chile, por su parte, se plantea el Atlántico como meta. Salta a la vista que, de plasmarse estas intenciones de nuestros más poderosos vecinos, la Argentina quedará envuelta y con grave peligro de aislamiento. Inclusive, sin los beneficios propios de la insularidad: el contralor marítimo. La comunicación por mar estará comprometida: en el Atlántico, por el Brasil; en el Pacífico, por Chile» (p. 13). Por ello concluye que «todo ello nos permite sostener que la posición geopolítica de la Argentina es desventajosa y desgarrada. Para revertir la situación, es indispensable que hasta el último argentino adquiera cabal conciencia de nuestras desventajas geopolíticas» (p. 132).

Cuando Asseff intenta ahondar en las causales que condujeron al proceso de desintegración geopolítica, con cabal sentido de la realidad y hondo conocimiento histórico, se pregunta por nuestro «ser nacional» y concluye que la Argentina es «una mente europea en un cuerpo argentino» (p. 56). Ello produjo un desarrollo inarmónico, una despersonalización y desorientación cuya lógica conclusión es la desintegración. En un país plagado de etiquetas que sirven para quitar validez a los argumentos disímiles el autor señala claramente que «Argentina es el único país de la tierra donde es peligroso definirse como nacionalista. Hay que calificar y condicionar el concepto sano, con C o no agresivo para tornarlo tolerable» (p. 56).

Después de pintar este cuadro de situación, generalmente no asumido, el autor sostiene la necesidad de reencontrar y «reconquistar» nuestro espacio histórico-geográfico nacional, del que ni siquiera tenemos conciencia. Sobre este mismo tema fue publicada recientemente una obra del coronel Rómulo Menéndez (*Las conquistas territoriales argentinas*. Buenos Aires, Círculo Militar, 1982, 356 pp.), donde éste sostiene —con un uso erróneo de la documentación histórica— que nuestro país no es consecuencia del virreinato del Río de la Plata, y por ello no se puede afirmar que existió un proceso de desintegración nacional, sino que muy por el contrario la República Argentina creció permanentemente desde 1810 a partir de un pequeño núcleo central: el puerto de Buenos Aires. Esta tesis, obviamente, contradice no sólo la verdad histórica, sino también todas las conceptualizaciones geopolíticas expresadas en el país hasta la fecha.

La obra de Asseff no se limita a las razones históricas que en cada territorio condujeron al estado actual sino que, fundamentalmente, esboza ideas y proyectos destinados a revertir la situación. Llama poderosamente la atención en este período de grandes planificadores utópicos la cantidad de proyectos concretos y realizables a corto plazo que propone el autor y que traen a la memoria la famosa frase de Ortega y Gasset cuando nos alertaba: «Argentinos, a las cosas.»

El trabajo que hoy reseñamos revierte la concepción geopolítica nacional que a la fecha ha preferenciado los problemas de la cuenca del Plata y el Atlántico Sur en desmedro del resto del país. Contra esta Argentina *insular* —de la que Asseff no reniega— el autor, tras analizar sus desventajas, propone una «proyección continental». Así escribe: «La Argentina... se aisló en su contexto hispanoamericano. Se constituyó en una prolongación de Europa en América, erigiéndose en “una isla de civilización”, jactanciosa de poder distinguirse netamente del entorno geográfico. Este funcionamiento insular determinó, inexorablemente, el achicamiento, la contracción espacial. Generalmente, las islas no son espaciosas. Por su propia naturaleza y condición, las islas son reducidas, en relación con las áreas continentales. El proyecto aislacionista de América, inserto en el esquema de Europa, obligó a la Argentina a renunciar, a abdicar a su continentalidad» (p. 67).

Frente a la necesidad de vertebrar el país con sentido continental, el autor propone —basándose en estudios de diversos geógrafos— dividir el país en once regiones que faciliten —con mentalidad federalista— el desarrollo indispensable. En este proyecto de regionalización, Asseff analiza cada región por separado proponiendo planes concretos, entre los que nos impresiona la cantidad de proyectos elaborados hace varias décadas y nunca concretados. A simple modo de ejemplo podemos citar: el traslado de la capital a Tucumán [recientemente en otra obra similar el coronel (RE) Florentino Díaz Loza: *Geopolítica de la Patria Grande*. Buenos Aires, Temática, 1983, sostenía la conveniencia de Córdoba como sede], la canalización del río Bermejo, los trabajos en el Paraná medio y el puerto rioplatense de aguas profundas en La Coronilla.

En el contexto de su concepción geopolítica y quizá por su originalidad histórico-jurídico-geográfica resulta de especial interés su estudio sobre la pérdida de nuestra salida al océano Pacífico (sic). El autor recuerda que: «La Argentina histórica poseyó acceso al Pacífico hasta 1893. En efecto, desde 1776 hasta 1825 tuvo costas sobre el océano Pacífico entre las latitudes 23° y 28° Sur. Desde 1776 hasta 1843 tuvo de hecho y de derecho dominio sobre la ribera del Pacífico en el Sur, desde el río Bio-Bio (latitud 36° Sur) hasta el Cabo de Hornos. De derecho conservó esa jurisdicción hasta 1881, cuando se formalizó el Tratado de Límites celebrado con Chile, oportunidad en que nuestro país cedió esas costas y el estrecho de Magallanes. Hasta 1893, cuando se firmó el Protocolo Adicional y aclaratorio de aquel Tratado de Límites, la Argentina era titulada de varios accesos directos al Pacífico, entre los que se destacan Puerto Natales y Puerto Aysén. Al determinarse el límite en 1881, algunos senos con comunicación directa al océano Pacífico, quedaron al oriente de la línea demarcatoria de las *altas cumbres*. Fue, en esas circunstancias, a instancias de Chile, que se suscribió el Protocolo de 1893, de división oceánica, que consagra el principio «Argentina en el Atlántico, Chile en el Pacífico». La Argentina cedió, entonces, derechos tangibles sobre varios senos del Pacífico por un principio jurídico. Como el Tratado de 1881 no posee una cartografía anexa y como las partes no establecieron el deslinde entre el Pacífico y el Atlántico, Chile desde entonces ha avanzado hacia el Oriente, buscando plantarse en el aplacerado Atlántico. La delimitación de ambos

océanos está universalmente admitida en el meridiano del cabo de Hornos, pero la enseñanza que puede extraerse es que nunca hay que trocar una posesión concreta en aras de un principio jurídico.... La Argentina actual tuvo su salida al Pacífico en el Norte, durante un breve período, entre 1816 y 1825. La provincia de Atacama dependió durante ese tiempo de Salta. La independencia de Bolivia fue declarada el 6 de agosto de 1825 (p. 128).

En un estudio de proyección geopolítica de la República Argentina no puede faltar obviamente una referencia al Brasil y a Chile. Sobre el primero de estos temas Aseff señala que desde sus orígenes «portugueses», los brasileños «buscaron las nacientes de los tres ríos principales de la cuenca del Plata, Panamá, Uruguay y Paraguay... Codiciaron los afluentes del Orinoco y los consiguieron. Querían el control del Marañón o Amazonas y también lo poseen. Finalmente empezaron hace más de un siglo a apetecer el Pacífico y hacia esa meta se dirigen, emprendedores y dinámicos, seguros que la alcanzarán» (p. 329 cfr. con los estudios geopolíticos del general Gorbery de Couto e Silva. *Geopolítica del Brasil*. Bs As, El Cid, 1983 y del general Mario Travassos. *Proyección continental del Brasil*. Bs As, El Cid, 1979). Este proceso continuado y direccional obliga a una posición firme frente al Brasil. De la serie de consideraciones realizadas por el autor nos parece destacable su expresión que «nuestro eje vertebrador, constituido esencialmente por la cuenca del Plata y la vieja ruta colonial (llamada ruta 9) tiene la dirección Norte-Sur. Todos los intentos de alteración de esta vertebración del territorio, que está en la naturaleza de las cosas, poseen la dirección Este-Oeste» (p. 308) que es precisamente el camino del Brasil hacia el Pacífico y que significaría a la vez nuestra asfisia geopolítica y posteriormente la desintegración nacional al destruir la «columna vertebral» del territorio. De un modo similar respecto a Chile —ante el destino común de la unidad latinoamericana— el autor se inclina por la necesidad de cooperar pero sin conceder (cfr. con la *Geopolítica de Chile* del general Augusto Pinochet. Bs As, El Cid, 1983). No menos importantes son los análisis de las posiciones geopolíticas de Bolivia, Perú y Uruguay con respecto a la temática en cuestión (véase: Castagnon, Daniel: «Dinámica geográfica y Proyecto Geopolítico en la cuenta del Plata». Montevideo, *Rev. Geopolítica*, 1979, núm. 7; Valencia Vega, Alipio: *Geopolítica en Bolivia*. La Paz, Juventud, 1974, y el general Edgardo Mercado Jarrin: «La regionalización del país». Lima, *Rev. de Estudios Geopolíticos y Estratégicos*, 1979, núm. 2).

Esta posición continentalista conduce al autor a omitir los *intereses marítimos*, tema al que dedica un importante capítulo en que resalta la importancia de crear conciencia marítima en la población y alerta sobre el peligro de la internacionalización de los recursos del mar. Señala que «la respuesta argentina debe consistir en dos cursos de acción: Incorporar el mar, explotando sus recursos, habitando las islas argentinas, investigando y ejerciendo el poder de policía, propio de la jurisdicción nacional; y sostener con firmeza el límite del meridiano del cabo de Hornos —67° 16' 3"— de separación con el océano Pacífico» (p. 234).

Finalmente son igualmente importantes sus aportes a la temática atómica; cuyos progresos técnicos, orientados a asegurar la paz en el continente, constituyen —en opinión del autor— la piedra basal del destino nacional.

De este modo Aseff convoca a la creación de una federación de América Hispana (Confederación de Repúblicas de América del Sur) como paso inmediato posterior a la integración del territorio nacional; resucitando los viejos proyectos de San Martín y Bolívar que de haberse concretado, hubieran evitado un siglo de balcanización y crisis de identidad.

Para el autor las grandes directrices geopolíticas argentinas son: *a)* Alianzas: con Perú; *b)* Oponentes: Brasil y Chile (en el siglo pasado, también la Gran Colombia de Simón Bolívar); y *c)* Objetivos principales: tratamiento especial para con los pueblos desprendidos de la nación: Bolivia, Paraguay y Uruguay con miras a la rearticulación en el marco confederativo; potenciamiento del rol geopolítico del río de la Plata como *llave* de la tierra interior; búsqueda de un retorno al Pacífico, para «oxigenar» el Noroeste; y freno para el notorio expansionismo del Brasil y Chile» (p. 138). En el aspecto de medidas concretas e inmediatas Asseff dedica el capítulo XXIII para proponer 26 directrices de la geopolítica nacional en el plano interno y exterior (véase páginas 351/3).

La obra se completa con un interesante apéndice documental (pp. 393/404) que reúne material histórico y propuestas concretas, mapas didácticos que permiten una mejor comprensión del texto, buena bibliografía y cantidad de notas que avalan la erudición del joven autor.

En el aspecto crítico, tras destacar el sentido patriótico y el profundo conocimiento del autor en los temas que aborda, quedaría por interrogarse sobre cuáles serían las vías jurídicas y políticas concretas que permitirían llevar a la práctica los proyectos señalados sin dañar las relaciones interamericanas, soportando las presiones internas y externas y generando el consenso indispensable para lograr estos objetivos en un sistema democrático de gobierno. Este tema, estimo, justificaría un nuevo trabajo del autor en que propusiera como segundo paso las etapas concretas que permitirían *viabilizar* sus propuestas.

FLORENCIO HUBENAK

Mar del Plata, 2 de marzo de 1984.

